

Recordar significa volver a pasar los hechos por el corazón

Notas sobre *Tantas lágrimas han corrido desde entonces*, de Alfons Cervera.

Por Edson Lechuga.

¿De qué están hechos los hilos que unen la muerte con la distancia?

¿De qué los lazos que los lazan?

¿De qué el tejido que cobija al presente y al pasado en un mismo espacio atemporal?

Cervera sabe de la muerte, y de la distancia, y de la expulsión, y de ese sentimiento pegajoso que se te echa encima cuando te sabes igual pero ajeno. Cervera sabe de la memoria y de cómo los años erosionan las piedras que conforman nuestros recuerdos. Cervera sabe y dice, dice y siente.

Tantas lágrimas han corrido desde entonces [editado por Montesinos como toda la obra del autor] es una inmersión en la muerte, la distancia, la exclusión y la expulsión, el recuerdo y el regreso. Pero una inmersión desde lo vivo, desde lo latente. No un cuerpo que cae sin remedio a las profundidades de un lago; no una estatua inerte y muda, sino una inmersión que nos precisa estar jodidamente vivos para que nos percatemos de las dificultades éticas a las que Cervera nos enfrenta.

Tantas lágrimas han corrido desde entonces propone un acercamiento a la migración económica de muchas familias españolas rumbo a Francia en la década de los 60.

Y migrar es cambiar,
migrar es reconstruir,
migrar es sustituir esto por lo otro,
migrar es dejar atrás.

Cervera lo hace desde una fotografía donde aparece un niño que mira desde la ventana de un tren, pero no mira al fotógrafo, sino algo más oscuro, más indefinido, quizá cosas que no se pueden ver como el futuro, o el pasado.

Pero en la novela de Cervera, como asegura Faulkner, el pasado no muere, ni siquiera es pasado.

Esta foto abre la primera ventana hacia aquel sitio asido pero inasible que es el recuerdo. La foto como tal rompe el presente, induce pasado, la mirada del niño ahonda en ese tránsito a tal grado que por un momento no sabemos si nosotros somos los contempladores o los contemplados, vistos desde un tiempo remoto que ha venido a decirnos a través de los ojos de un niño que el tren donde huyó ha vuelto, lo tenemos aquí, frente a nuestras narices. Porque esta novela es también la historia de un retorno, un hombre que debido a algo tan definitivo como la muerte se ve obligado a volver.

Y volver es reconocer,

volver es revivir,

volver es confrontar el recuerdo con el hecho y caer desplomado ante la evidencia de que siempre el recuerdo es más bello pero más abismal.

El protagonista regresa desde Orange a Los Yesares para asistir al entierro de Teresa, la protagonista de *Esas vidas* [anterior novela del autor, finalista del Premio Nacional de Narrativa 2010]. Este viaje implicará tropezar cara a cara con el desarraigo. Pero "*regresar es imposible*", dice Cervera en algún momento del texto, por lo tanto no nos queda más alternativa que acudir al *recuerdo* en vez del *regreso*.

Y recordar significa volver a pasar por el corazón todos y cada uno de los pedazos de aquella historia que constituye al personaje, lo forma, lo crea, le da sentido. Aquella historia con una geografía: Los Yesares, sitio donde Cervera traza su reino de nieblas y trata como si fuese el ombligo del universo. Y lo es, al menos de este universo donde todo orbita a su alrededor.

Tantas lágrimas han corrido desde entonces hace pensar en los grandes retornos de la literatura, quiero decir Steinbeck, Pessoa, Faulkner [una vez más] o más recientemente Müller, Pamuk o Kristof. Cito: "*Allí no nos esperaba nadie,*

sólo esa suerte de turbia persistencia que ya no nos abandonaría desde que llegamos con un miedo triste y extranjero a las estaciones de Francia". Y ahí vamos, nosotros, vivos, junto al protagonista llevando a hombros el ataúd con el cuerpo de Teresa.

Pero ¿quién es el protagonista de *Tantas lágrimas han corrido desde entonces?*

En este sentido debo aclarar que poco debe importarnos ya si una novela es autobiográfica o no, porque todas las novelas son autobiográficas en la medida en que surgen del cúmulo de experiencias vitales y de pensamientos de sus autores, y porque afirmar en estos términos que una novela o un pasaje de una novela puede no tener relación con la vida de su autor, me parece aún más descabellado. Por otro lado, si fuésemos rigurosos toda novela es también un ejercicio de ficción, dado que no es más que una opinión subjetiva [por lo tanto tergiversada por el tiempo y sus estragos en la memoria] de un acontecimiento.

Pensemos más bien que el protagonista y Cervera son dos personajes que comparten su biografía ojos afuera y piel adentro. Y que nadie podrá conocer jamás ese estrechísimo nexo, ese hilo tan fino [tanto en su delgadez, como en su finitud] entre el autor y la tinta impresa en estas hojas. Ya que en esta novela el parentesco del autor con lo escrito se antoja indisoluble.

"Los años pasan volando, y cuando uno vuelve la vista atrás ya es demasiado tarde para separar imaginación de realidad", dice la cita de Enrich Hackl que hace de epígrafe. Y Cervera ahonda en esta indagación sin promesas, sin ritos ni

letanías. Convierte la imaginación en memoria

y la memoria en realidad

y la realidad en ficción

y la ficción en narración

y la narración en confesión

y la confesión en delación

y la delación en un viaje geográfico y emocional. Un viaje de oleadas frías, de dolor, culpa, de nostalgia por *aquello* que no coincide con *esto* que pervive en el subsuelo exquisito de esta historia.

Del texto narrativo vale la pena señalar su paciencia en el tratamiento del tiempo, su hondura en la elaboración del espacio, su sutileza al tallar los elementos que mantienen cohesionada la historia.

No estamos pues solo ante una novela, sino frente a una pequeña grieta literaria por donde tenemos la oportunidad de meter las manos para otear horizontes idos.

No estamos pues, reitero, solo ante una historia, sino ante una rendija por donde, como diría Amin Maalouf, podemos encontrarnos con lo ausente, porque lo ausente solo tiene sentido en el recuerdo.

Dos apuntes para terminar:

Uno, que la novela toma título de un poema de Edmond Jabès que hace de epílogo de este trabajo. Lo terrible, diría yo, es que inmediatamente después del verso *"tantas lágrimas han corrido desde entonces"*, viene otro igual de insoportable: *"la noche devora sólo a los que caen"*.

Y dos, que quizá el libro que ahora tenemos entre las manos, sólo sea el inicio de algo que va a suceder justo cuando terminemos su lectura, porque en sus páginas, Alfons Cervera nos advierte: *"Qué sucede cuando llegamos al final de una novela, de una película, de un poema. Todo. Sucede todo porque antes no había sucedido absolutamente nada. Las páginas de un libro no son nada, ni la escritura les otorga una efímera ficticia consistencia. Empiezan a ser algo cuando descubrimos en ellas rastros de otra cosa, señales de humo que reclaman nuestra atención. Huellas profundas de algún desasosiego. Intemperie"*.
